

deado, han analizado las llagas de la sociedad: en esta autopsia realizada en lo vivo nada se les ha escapado, nada ha faltado mas que el remedio. Los autores ascéticos, y particularmente los Jesuitas, no cifraron la vanidad de su ciencia en luchar con ellos en genio y en ironía. Si descendían al receptáculo de las miserias humanas, y aplicaban á cada herida el bálsamo que las cicatrizaba, no era ciertamente por el amor á la gloria literaria. Sin hablar con tanto prestigio, conocían mejor el camino del corazón humano; y al paso que dominaban sus inclinaciones, lo iniciaban en los misteriosos consuelos que inspiran la fe, la esperanza y la caridad.

Estos ascéticos, cuyo número y trabajos rayan en prodigio, no tardaron en eclipsar á los sabios de otro género, dando lugar por su misma multiplicidad á una imputación infundada. Se ha echado en cara á los Jesuitas el no haber jamás producido filósofos ni metafísicos distinguidos. La filosofía, empero, de los siglos XVI y XVII, y aun la del XVIII, si prescindimos de aquellos sujetos que se apoderaron de aquel nombre para crear una nueva secta de incrédulos, entraba esencialmente en las atribuciones de la Compañía. Á pesar de los obstáculos que el deber religioso les imponía, á pesar de las trabas que cada uno de los Padres hallaba en el estudio de ciertas materias filosóficas, hubo muchos que no se dejaron desalentar. Como el objeto del Instituto, en el momento de su creación, no había sido el de inventar nuevos sistemas, sino el de devolver su antiguo lustre á la Iglesia y á las costumbres, los Jesuitas debían por precisión manifestarse mas bien activos que especulativos. Bajo el influjo de esta voluntad que les fue eternamente impresa, no podemos menos de asombrarnos al contar entre ellos tantos literatos de todo género; puesto que las funciones análogas á su ministerio no les permitían entregarse plena y únicamente á unos afanes que absorben una existencia entera. Sabían que estaban condenados á ser muy cautos en materias filosóficas: érales vedado su acceso sino con mucha reserva; y como por otra parte el error de un solo individuo pasaba á los ojos del mundo á ser el error de todos, no solo procuraron comprimir un peligroso impulso hácia las instrucciones idealistas, sino que transportaron de tal modo la savia de su genio inventor á las ciencias útiles, que ninguna otra Orden se mostró mas pródiga en esta clase de beneficios.

Dejando á un lado los obstáculos que embarazaban su vuelo, no solo no se han quedado en zaga los Jesuitas, sino que, en los ramos puramente intelectuales de la filosofía, en los diferentes estudios que se rozan con esta ciencia, cuentan un gran número de escritores tan profundos como ingeniosos. Los hijos de Loyola no se han improvisado un arte de las nuevas teorías, ni se han propuesto, como tantos otros, ir á caza de ideas impracticables ó de falaces ensueños: la filosofía solo ha sido á sus ojos un medio de instruir á los demás, al par que formarlos por el discurso en el culto de lo bueno y de lo verdadero. El primero de entre ellos que se lanzó á esta vía fecunda fue también el P. Toledo, quien, en su *Introducción á la lógica*, trazó con mano segura los principios que era preciso adoptar. Carlos Malapert y Honorato Fabri vinieron en seguida á ilustrar esta ciencia por medio de sus escritos y enseñanza. Fabri, nacido en 1621 en la diócesis de Belley, creadora de tantas ilustraciones, era, como el belga Malapert, mas filósofo que teólogo: verdad es que en el cerebro de ambos existía un movimiento poético que los arrastraba á las abstracciones; pero Fabri supo aplicar este movimiento á las realidades de la inteligencia, y en su cátedra de Lyon y de Roma desarrolló las teorías que sus *Elementos de metafísica* nos han conservado. Uniendo Fabri á la filosofía la física y matemáticas, descubrió y reveló al mismo tiempo que Guillermo Harvey la circulación de la sangre <sup>1</sup>. En tanto que se dedicaba este Padre á tan útiles investigaciones, el Jesuita Juan Garnier, que pasó su vida enseñando, escribía su *Marius mercator* y sus *Elementos de filosofía*; componiendo en seguida y como para descansar de estas tareas, apreciadas aun por los literatos, el *Sistema bibliothecae collegii parisiensis Societatis Jesu*. Es el plan que deben seguir los bibliógrafos, y el que adoptó Brunet en su *Manual del librero*. Los PP. Govin, Giattini y Stengel comentaban al mismo tiempo la *Lógica de Aristóteles*.

Los Jesuitas enseñaron al principio la filosofía, y luego cuando encontraron en su camino un nuevo método de instrucción ó algunas verdades aplicables á la ciencia, publicaron sus investi-

<sup>1</sup> En la pág. 204 de su tratado, cuyo epigrafe es: *De plantis, de generatione animalium, et de homine* (edición de 1666, en 4.<sup>o</sup>), prueba Fabri hasta la evidencia, que si no se ha anticipado á Guillermo Harvey, ha marchado con él de frente en el magnífico descubrimiento de la circulación de la sangre.

gaciones. El Jesuita cardenal Sforzia Pallavicini, los PP. Gontzen, Pedro Hurtado de Mendoza, el sutil Arriaga, Leonardo de Peña-fiel, José Solieri, Bautista Howarth y Bertoldo Hauser; y en una época menos remota, Para du Phanjas, han revelado el secreto de la enseñanza filosófica. Sin duda que entre estos autores se pueden citar algunos que rejuvenecieron las antiguas tesis escolásticas, y que basaron su ciencia en los errores ó preocupaciones de su época: tambien otros, como el P. Gautruche, el *homo diffusae eruditionis*, como le llama el ilustrado obispo de Avranches, cifraron su gloria en unas disputas que formaban mas bien al ingenio en la argumentacion que en el pensamiento; pero todavía subsiste en las escuelas la memoria de Vazquez, de Pedro Fonseca, Teófilo Raynaldo, Benito Pereira y Boscovich. Estos hombres, que todo lo sabian, no solo no tuvieron el suficiente valor para ser concisos en sus voluminosos in-folios, sino que lo dijeron todo, hasta las cosas inútiles á su objeto. Esta superabundancia de riquezas perjudica á su celebridad; pero no impide que hayan dado al espíritu ideas exactas, claras y precisas. Desde la universidad de Coimbra, cuyos catedráticos eran los Jesuitas, se diseminaron por todo el mundo el gusto de la erudicion y el amor de la filosofia: de aquí es que, comparando Renato Descartes, tan excelente juez en estas materias, la educacion dada por la Compañía de Jesús con la que se daba en el mismo siglo, ha podido escribir: «¿ Quereis saber mi opinion respecto á la enseñanza de vuestro hijo, dice el inmortal filósofo á un padre de familias que trató de consultarle, una vez que la filosofia es la llave de las demás ciencias, paréceme utilísimo el haber estudiado el curso entero como se enseña en las escuelas de los Jesuitas. Debo tributar este honor á mis antiguos maestros, diciendo que no hay paraje alguno en el mundo, al menos segun mi pobre juicio, donde se enseñe mejor que en La Fleche.»

El P. Suarez, que habia sido el jefe de la escuela filosófica de los Jesuitas, la llevó por la fuerza misma de las cosas hácia unos principios enteramente nuevos. Cuando este Jesuita se dejó ver en la arena literaria, saludaba la escuela con los nombres de *doctor angelico*, *doctor seráfico* y *doctor sutil* á santo Tomás, san Buenaventura y Escoto: Suarez mereció de boca de Benedicto XIV el de *doctor eximius*, doctor por excelencia. Abandonando los caminos trillados por Escoto y santo Tomás, en vez de condenarse á

disertar eternamente sobre Aristóteles, creó una metafisica, la expuso en dos volúmenes, y demostró la mayor claridad aun en medio de las sutilezas con que le plugo rodear su sistema. Es cierto que le envolvió con algunos razonamientos inútiles; pero en medio de ese cúmulo de ciencia y de dilemas, sacrificio tributado al gusto de su siglo, no solo es Suárez el hombre que por la profundidad de sus observaciones ha prestado tal vez mayores servicios á los estudios filosóficos, sino que á contar desde su época, empezó la filosofia á desprenderse poco á poco del peripatecismo escolástico. Cási al mismo tiempo legaba Pereira al mundo sus quince libros sobre los *Principios de las cosas naturales*, combatiendo y desarrollando en seguida en otra obra los prestigios de la magia y astrología, artes funestos, que oponiéndose á los progresos de la verdadera ciencia, alteraban la esencia misma de la Religion.

Otros Jesuitas emprendieron después en favor de la filosofia moral lo que Suarez habia hecho respecto á la metafisica. Ya desde el principio del siglo XVI, Baltasar Gracian se habia dedicado á hacer la autopsia del corazon humano; y si bien es verdad que caminaba sobre un terreno mal seguro, puesto que analizaba pasiones que jamás habia experimentado en sí mismo, vituperando por medio de una juiciosa sátira unos vicios, cuyo infestado hálito jamás llegó á marchitar la pureza de su alma; no lo es menos que en este estudio penoso supo hermanar tanta originalidad á tantas ideas nuevas, y emplear un estilo tan trabajado, que sus obras pasaron á ser la lectura favorita de todos los salones de Europa. Amelot de la Houssaye, Monory, Silhouette y el P. Courbeville tradujeron al francés su *Cortesano*, sus *Reflexiones políticas*, el *Criticón* y el *hombre universal*, que se apropiaron en seguida todas las lenguas modernas. Léiase á Gracian con avidez; y esta lectura llevó los espíritus á una parte de la filosofia todavía inculta, y sirvió de prelude á otros tratados mas perfectos, cuyo modelo iban á ofrecer La-Rochefoucauld, Oxenstiern, La Bruyère, Addison y Pope. El P. Rapin, que marchaba en pos de las huellas del anterior Jesuita, compuso, aunque con menos variedad y gracia, sus *Reflexiones sobre la filosofia*. Este Jesuita, que publicando cada seis meses alternativamente una obra de piedad y otra de literatura, parecia servir por semestres á Dios y al mundo, abrazó todos los géneros, y fue superior en mas de uno; pero no tardó

en eclipsarle el P. Claudio Buffier en la filosofía. Dedicado Buffier, lo mismo que Boscovich, á hacer menos árida la ciencia, y viendo que los demás empleaban con cierto placer el lenguaje abstracto, se esforzó en ser sencillo y conciso á fin de formar el juicio y el espíritu de los demás. De manera que si su *Curso de las ciencias*, ó bien su *Enciclopedia*, cuyos raudales han agotado de Alembert y Diderot, es aun en nuestros dias una obra clásica; su *Tratado de las verdades primordiales*, y su *Práctica de la memoria artificial*, hicieron célebre tambien su nombre.

Mas si, como acabamos de hacer observar, el estudio de la filosofía no ha sido estéril para la Sociedad, no se han dedicado á él, no obstante, sus individuos con aquel ardor que habitualmente los impelia hácia los trabajos intelectuales. Cualquiera hubiera dicho que presentian la inutilidad de la mayor parte de los sistemas metafísicos creados por un hombre de ingenio, y á los cuales vienen á reunirse una multitud de inteligencias subalternas, que guiadas por la palabra de su maestro, llevan el principio hasta el extremo. Era demasiado práctico el ingenio de los Jesuitas para perderse en los insondables abismos de la imaginacion, señalados tan audazmente por Malebranche, sin que llegase á prever que caería en ellos. Bastaban á estas almas encadenadas á la Iglesia por el deber, horizontes menos espaciosos, porque les habia sido dado comprender que las teorías mas ó menos ingeniosas no son el medio mas seguro de arribar á los resultados positivos. En 1755, en el momento de las efervescencias del escepticismo, la Academia francesa, dominada por las innovaciones que protegía, se vió precisada á retroceder á principios mas saludables, coronando á un Jesuita, que con el encanto de las ideas verdaderas recordaba en su presencia el sendero abierto al entendimiento. Habia aquella propuesto como premio de la elocuencia la siguiente tesis: ¿ En qué consiste el espíritu filosófico? El P. Antonio Guenard no temió en revelarlo, y en un discurso que de La Harpe y de Alembert señalaron como una obra maestra, este Jesuita, que apenas rayaba en los treinta años, sentó de esta manera los límites del entendimiento humano: «La fe deja al entendimiento del hombre todo lo que este puede comprender: solo le quita los misterios y los objetos impenetrables. ¿ Y debe irriarse la razon por esto? Las cadenas que aquí le ponen son fáciles de llevar, y solo deben parecer pesadas á los espíritus va-

«nos y ligeros. Yo diré, pues, á los filósofos: No os exaspereis  
«contra esos arcanos que la razon no alcanza á penetrar; limi-  
«taos al exámen de esas verdades que se dejan abordar, que se  
«dejan en cierta manera tocar y manejar, y que os responden de  
«todas las demás. Estas verdades son otros tantos hechos incon-  
«testables y sensibles, con que se ha como envuelto la Religion  
«para llamar igualmente la atencion de los entendimientos tanto  
«groseros como elevados. Estos hechos se entregan á vuestra cu-  
«riosidad: hé aquí los fundamentos de la Religion. Profundizad  
«al rededor de estos fundamentos: probad á conmovierlos; des-  
«cended con la antorcha de la filosofía hasta esa piedra angular y  
«antiquísima tantas veces rechazada por los incrédulos, y por la  
«que se han visto aplastados; pero cuando, llegados á cierta pro-  
«fundidad, hayais encontrado la mano del Omnipotente, que sos-  
«tiene desde el origen del mundo este majestuoso edificio, con-  
«solidado siempre por los mismos huracanes y por el torrente de  
«los años, ¡ deteneos! y no profundiceis hasta los infiernos: la fi-  
«losofía es incapaz de conducirnos mas adelante sin extraviarnos.  
«Habeis entrado ya en los abismos del infinito, y aquí debe ya la  
«filosofía vendarse los ojos como el pueblo, y adorar sin ver, y  
«arrojarse con confianza en brazos de la fe. La Religion se pare-  
«ce á la milagrosa nube que servia de guia á los israelitas por el  
«desierto: de un lado se halla el dia, del otro la noche. Si todo  
«no fuese mas que tinieblas, la razon, que nada veria, se alejaria  
«con horror de este espantoso objeto; pero se os ha dado bastante  
«luz para satisfacer un ojo que no lleva su curiosidad hasta el exce-  
«so. Dejad á Dios esa noche profunda, donde le place retirarse con  
«sus rayos y sus misterios.»

A pesar de ser aquel el siglo de los sofismas y bufonadas, la Academia, que no creia en nada, se vió precisada á aplaudir este lenguaje del Jesuita filósofo que debió parecerle inaudito. La obra era tan perfecta, que se hacia imposible una iniquidad, y decretó el premio al P. Guenard<sup>1</sup>. La elocuencia del púlpito les ofrecía una carrera que estaba mas en relacion con las Constitu-

<sup>1</sup> Este Jesuita, que habia consagrado treinta años de su vida á un inmenso trabajo filosófico con el objeto de refutar la *Enciclopedia*, lo quemó durante el terror de 1793, para no comprometer la existencia de madama Beauvau, que le habia ofrecido un generoso asilo en su palacio de Bléville, cerca de Nancy, donde falleció en 1805.

ciones de la Orden y las necesidades de la humanidad; y por lo mismo ingresaron en ella desde el día de su fundacion, y en ella se les encuentra hasta el momento de su destruccion.

La ocupacion predilecta de los hijos de Ignacio fue el desarrollo del arte oratorio. «Es una empresa grande y peligrosa, dice «Ciceron<sup>1</sup>, el presentarse en medio de una numerosa asamblea «que os oye discutir los negocios mas importantes; porque con «dificultad se hallará uno solo de los concurrentes que no observe con mas delicadeza y rigor los defectos que las bellezas de «nuestros discursos, juzgándonos cuantas veces peroramos en público.» Ignacio de Loyola, que sin duda tenia presente este pasaje del cónsul romano, al imponer á sus discípulos como una obligacion la ciencia oratoria, sabia tambien que jamás faltarian ignorantes á quienes instruir, errores que combatir, y cristianos á quienes dirigir por la senda de la perfeccion, y por lo tanto queria que aquellos correspondiesen al deseo de los pueblos. Siguiendo unos la costumbre de su patria, y entregándose á la vivacidad de sus inspiraciones, con los arranques de una elocuencia natural y apasionada obraron maravillosas metamorfosis en los pueblos. Improvisaron sus sermones, pusieron al alcance de todas las clases la doctrina con que les familiarizaran serios y prolongados estudios; y supieron inflamar y conmover los corazones, dominar las inteligencias, y ostentarse siempre nuevos, porque aprovechaban las pasiones del momento. Así es como en España, Francia, Italia y Alemania se dejaron ver los PP. Araoz, Estrada, Barceo, Landini, Auger, Dupuy y Gonthieri; y en épocas mas recientes Francisco de Regis, Pedro Wiltz, Maunoir, Zuchi, Chaurand, Joyeuse, Serrano, Lopez, Pardies, Chaubard, Beauregard y Duplessis, como creadores de modelos de improvisacion. Verdad es que no marchaban en pos de esa gloria efimera que se complace mas en excitar los aplausos que en transformar las convicciones; que no ansiaban los elogios; que la alabanza consistia para ellos en la compuncion, lágrimas y remordimientos que provocaban; que se dirigian á los pueblos; que les hablaban el lenguaje del corazon; que les comunicaban el ardor de que estaban animados; que les subyugaban por medio de imágenes mas vehementes que justas; que llenos ellos de entusiasmo lograban entusiasmar á los otros. Los frutos de estas vehementes inspiraciones

<sup>1</sup> Brutus, XVII, pág. 120.

han quedado eternamente grabados en el corazon de los contemporáneos; mientras que la palabra que los produjo solo ha podido extinguirse con la vida del predicador. Solo la tradicion nos revela los prodigios realizados por estos hombres apostólicos.

Otros Jesuitas no se dejaron arrastrar por esa fiebre oratoria que fascina á los pueblos, sino que fueron á llevar la palabra de vida al seno de las aulas, y en las cátedras de todas las ciudades, ó en medio de unos hombres mas instruidos y mas difíciles que la generalidad del pueblo, que se agolpaban para escucharlos, ya con una piedad respetuosa, ya con prevencion y distraidos. Fueses preciso llamar al arte en auxilio de la fe, y reunir, segun la expresion de Tulio<sup>1</sup>, una selva de ideas y de cosas, para propagar los preceptos del cristianismo. Profundizando los principios de la elocuencia, al par que remontándose á los hermosos y apacibles dias en que los Agustinos, Crisóstomos, Ambrosios y Bernardos acababan en un lenguaje tan santo como magnifico de recordar á los príncipes de la tierra y á los hombres de buena voluntad los deberes que el Evangelio les prescribia, llegaron á crear la elocuencia del púlpito, origen de gloria que muchos han podido envidiar, pero que nadie ha podido quitar á los Jesuitas.

No se trata aquí de ser convencido ó de convencer; es indispensable agradar por el encanto del estilo, por la progresion del plan, por la nobleza, por la facilidad en el modo de enunciarse, por lo patético de las imágenes, y por una uncion persuasiva. Los Jesuitas se dedicaron á esta tarea: estudiando sus modelos no hay necesidad de preguntarse si la llevaron á cabo. En Italia, en ese verjel poético, donde el idioma es tan feraz como su suelo, donde es tal la abundancia de frases que parece perjudicar al pensamiento, y donde la armonía de Apolo se mezcla con los misterios mas terribles del Evangelio, no solo han sabido ser sobrios los Jesuitas en medio de todas las pompas de la elocucion, sino que han producido oradores donde todo el mundo nace poeta. Si los PP. Esteban Tucci, Francisco Benci, Tarquino Gulluzzi, Benito Palmio, Pablo Oliva, Aquiles Gagliadi, Juan Rho y Simon Baginati abren con esplendor esta carrera, en la cual Pablo Segneri no encontrará rivales; en pos de este maestro, cuyos sermones fueron traducidos en francés y en español bajo el epigrafe: de *El Cristiano instruido en su ley*, vienen Tomás Strozzi, Severio Vana-

<sup>1</sup> De Orat. 29.

lesti, Luis Pellegrini, Ignacio Venini, Gerónimo Trento, Juan Granelli, Antonio Vellati, Jacobo Bassani, Gerónimo Tornielli, Alfonso Nicolai y Pignatelli á difundir el eco de su celebridad por todos los púlpitos de la Italia. Predicadores casi todos ellos de los sumos Pontífices<sup>1</sup>, hablan á un mismo tiempo en Roma, Venecia, Nápoles, Florencia, Génova y Milan, acrecentando do quier su fama por sus discursos públicos; porque muchas veces la vehemencia ó la gracia en la expresion vivifica la solidez de las pruebas y la precision de las observaciones.

En España se deja ver Toledo al frente de los oradores; viniendo en pos de este Jesuita, cuyo nombre se ha granjeado una inmensa celebridad en cada uno de los ramos de la literatura, y de quien decia el cardenal Borromeo<sup>2</sup>: «Después de haber oido predicar al P. Toledo, nada mas se puede apetecer;» viniendo en seguida, repetimos, el P. Gerónimo Florencia, el Massillon español, el orador de todas las solemnidades; después el P. Gracian, Alfonso Andrada, Mateo de la Cruz, José Aguilar, Francisco Labata, Juan Coronel, Frias, Martin Gutierrez, Pedro Urtiaga, Millan Garcia, Rodriguez de Guzman, Aguado, Ruiz de Montoya, Juan Gondino; Deza, Tirso Gonzalez y Pedro Calatayud.

El Portugal no se vió tampoco defraudado en esta gloria, puesto que oyó en sus púlpitos al P. Antonio de Vieira, cuyos obras disfrutan aun de popularidad, por haber sido uno de los autores que escribieron el idioma portugués con la pureza mas exquisita. «Vieira, tan poco conocido en Francia, pero cuyos sermones y

<sup>1</sup> En la lista de los oradores sagrados que fueron llamados á predicar la pasion en la capilla pontificia delante del Papa, aparecen solamente desde el año de 1573 hasta el de 1660 los cuarenta y nueve Jesuitas, cuyos nombres citamos á continuacion: Aquaviva, Belarmino, Tucci, Benci, Fulvio Carduli, Benito Justiniani, Mucio Vitelleschi, Juan Carettonio, Esteban de Bubalis, Bernardino Stephoni, Antonio Marsilli, Juan Mazarelli, Terencio Alciat, Francisco Sacchini, Damian Estrada, Bandini Guáldefucci, Gerónimo Sopranis, Pablo Bombini, Valentin Mangioni, Tarquino Galuci, Torcuato de Cupis, Francisco Piccolomini, Leon Sanchez, Alejandro Donato, Bautista Ferrari, Vicente Guinis, Fabio Ambrosio Spínola, Gerónimo Petrucci, Juan Floravantius, Ángel Galucci, Horacio Grossi, Odon de Conti, Francisco Brovius, Jacobo Lampugnani, Gerónimo Savignani, Luis Gonfalonieri, Juan Giattini, Pablo Farnesio, Alberto Moroni, Alejandro Pellegrini, Guillermo Dondini, Luis Bomplan, Juan Adrianí, Gabriel Beati, Tomás Antonelli, Fernando Jimenez, José de Requesens, Carlos Luca y Francisco Eschinardi.

<sup>2</sup> *Meditamenta litteraria.*

«demás obras, segun el dictámen del abate Gregorio<sup>1</sup>, son dignos de serlo,» ha dejado un renombre que va cada dia en aumento. Es cierto que, como los que no saben moderarse, lleva al extremo los defectos de su país y de su época, llega á ser exagerado y enfático; pero mas á menudo toca en lo sublime, y encanta con la delicadeza de sus ardientes facultades. Este Jesuita fue el predicador de sus reyes, su embajador, el misionero de los salvajes del Marañon, un hombre, en fin, de inspiracion y de experiencia. En seguida aparecieron en el palenque oratorio Antonio de Vasconcellos y Francisco Mendoza.

El estilo de los españoles y portugueses tomaba del carácter nacional una especie de grandiosidad en los cuadros, una magnificencia pomposa, que por largo tiempo impuso la ley á los literatos de la Península. Su imaginacion cerniéndose siempre sobre las nubes, ó no bajando jamás á la tierra sino para hallar en ella recuerdos ó pensamientos, en los cuales se descubria su pobreza y mal gusto á través de los adornos y del oropel que los cubria, no sabia ni limitar su entusiasmo ni restringir sus arrebatos poéticos. Ya Cervantes Saavedra habia con su *Don Quijote* curado á la Península de su caballería errante; y tratando el Padre Francisco de Isla de aplicar el mismo remedio respecto á los predicadores, en su *Vida de Fr. Gerundio de Campazas*, dada á luz bajo el seudónimo de Francisco Lobon de Salazar, se dedicó á vapulear por medio del ridículo los vicios oratorios, y especialmente el falso ingenio de los españoles. Este precepto en accion, ó mas bien esta sátira, heria tan en lo vivo y con tal exactitud, que si el Índice romano temió que los chistes del Jesuita lastimaran la dignidad del púlpito, los frailes de todos los monasterios y los prebendados de todas las clases no fueron menos diligentes en pronunciarse contra un libro que excitaba enconos demasiado vivos, para que dejase de ser mirado como la expresion de un sentimiento positivo. Apenas habia visto la luz el primer tomo, cuando el P. Isla<sup>2</sup> recibió orden de suspender una sátira, cuya inge-

<sup>1</sup> *Historia de los confesores*, pág. 246.

<sup>2</sup> Sobre la lápida sepulcral del P. Isla grabaron un epitafio, en el que resaltan los distintos géneros de literatura á que se consagró este Jesuita. Hé aquí los términos en que está concebido:

In oratione Tullius, in historia Livius,  
In lyricis et ludicris Horatius.